

Humberto Muñoz García
María Herlinda Suárez Zozaya

Retos de la Universidad Pública en México



Miguel Ángel
Porrúa

**Retos de la
Universidad
Pública
en México**

del seminario
de educación
superior
de la UNAM

8

Uadernos

Humberto Muñoz García
María Herlinda Suárez Zozaya

Retos de la Universidad Pública en México

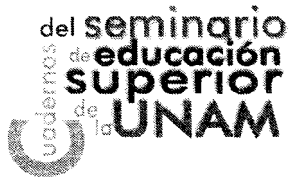


MÉXICO

Miguel Ángel
Porrua

2012

COMITÉ EDITORIAL



HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA • *Director*

VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE

EDUARDO IBARRA

ADRIÁN ACOSTA

WIETSE DE VRIES

MARCELA MOLLIS

ESTELA BENSIMON

JUDIT BOKSER

Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución coeditora.

Primera edición, julio del año 2012

© 2012

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
SEMINARIO DE EDUCACIÓN SUPERIOR

© 2012

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-578-2

Cuidado de la edición: Alejandra Recillas

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

TIPO: IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

WWW.MAPOPIA.COM.MX

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Introducción

HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA*

MARÍA HERLINDA SUÁREZ ZOZAYA**

En el escenario mundial de nuestros días, la educación superior se ha convertido en un elemento que marca los destinos de las personas y de los países. Para desempeñarse y realizar sus propósitos, las universidades tienen que enfrentar enormes retos. Entre ellos se encuentra el de la cobertura, que es uno de los más importantes, sobre todo en países como México donde la mayoría de las y los jóvenes no tienen acceso a este nivel de estudios. Sin embargo, es menester dejar en claro que los retos de la universidad pública van más allá del de la cobertura y que incluso trascienden la pura expansión de establecimientos en el sistema, la diversificación de la oferta, el incremento de la calidad y de los montos financieros. Por supuesto, estos aspectos deben atenderse y es necesario que sean presentados como objetivos prioritarios de las políticas públicas, ya que es impostergable cumplirlos.

Pero, más allá de estos retos hay otros que plantean la exigencia de que la propia universidad reflexione en sí misma y lleve a cabo los cambios necesarios que deman-

*UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.

**UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

dan los tiempos. Hay desafíos que se relacionan con el cuestionamiento y renovación del modelo institucional que subyace a la concepción de la universidad pública en México (García Salord, 2011; Marginson y Ordorika, 2010; Suárez y Muñoz, 2004; Ibarra, 2005), y con el agotamiento de las políticas que lo han impulsado (Muñoz, 2006).¹ También, los que derivan de los cambios generados por la globalización y que han implicado la ruptura de fronteras trastocando la función de las instituciones culturales nacionales, en cuanto a productoras y trasmisoras de valores y símbolos locales vinculados con nuestra manera de vivir juntos y con nuestra identidad.

Asimismo, la universidad tiene retos surgidos del cada vez más amplio papel que juega el conocimiento en los ámbitos de lo social, lo económico y lo cultural. Porque, sin lugar a dudas, la inclusión social pasa hoy por el acceso al conocimiento y la productividad, y el desarrollo de las personas y de los países también. Y, ante los desanclajes y deslocalizaciones (Bauman, 2001) característicos de la así llamada “sociedad del riesgo” se hace necesario brindar a los jóvenes conocimientos complejos y sólidos que les permitan dialogar y cooperar con otros sin perder sus valores. En este tenor, han surgido retos que se vinculan con la responsabilidad social y ética de la universidad respecto a la construcción de ciudadanía y al respeto del medio ambiente. De entrada, responder a estos retos plantea a la universidad el tener que construirse, ella misma, como una comunidad participativa en su conducción y respetuosa de la naturaleza.

Otros desafíos giran en torno a los resultados educativos y laborales de los estudiantes y egresados que se relacionan no sólo con el tema de la calidad sino con el del cumplimiento de expectativas de movilidad social y económica. Igualmente, están los asociados al fortalecimiento y renovación de la planta académica y, muy destacadamente, los que tienen que ver con las adecuaciones pedagógicas y didácticas. En fin, la universidad pública de nuestro país tiene, actualmente, retos inmensos que necesita enfrentar para ir adelante y colaborar a los cambios que pueda traer el modelo de desarrollo nacional. Aquí abordaremos ocho sobre los cuales es preciso reflexionar y actuar. Previo a este abordaje, a manera de contexto, presentamos brevemente un panorama de la educación superior en México.

¹En el libro de Kent (2009), se hace un análisis muy interesante del impacto de las políticas y los cambios en el sistema de educación superior en México y en Estados Unidos. Se revisan los efectos de las políticas públicas en este nivel educativo.

Panorama de la educación superior

Para situar el contexto educativo en el que se desenvuelven las universidades públicas y los retos que tienen pendientes, es menester dar una idea general de lo que se ha avanzado en el pasado reciente y cuál es el presente de la educación superior, a grandes rasgos.

La educación superior ha sido orientada por una serie de políticas basadas en la planeación estratégica, la evaluación y el control financiero, que le han permitido lograr avances. Pero, tales políticas, aplicadas por el gobierno federal, han encontrado límites para la continuidad del cambio y fortalecer la academia.² Son las políticas del Estado evaluador que instauraron la república de los indicadores³ y la nueva gestión pública basada en criterios empresariales. Políticas que ahora necesitan cambiar para evitar la simulación y dar el salto cualitativo que requiere nuestro sistema educativo.

Durante la vigencia del Estado evaluador, los cambios que se han realizado han tenido logros que no satisfacen

²La discusión sobre este punto se encuentra en Muñoz (2010a).

³Son los estándares con los cuales se mide el desempeño según los programas del gobierno federal.

las expectativas pero, lo que es peor, no alcanzan a satisfacer una enorme cantidad de necesidades en materia de conocimiento y de cuadros académicos de alto nivel, indispensables para que el país se desarrolle, la economía prospere y la gente que estudia viva mejor.

Las políticas relativas a la equidad han provocado avances sin llegar a conseguirla. Buena parte de los estudiantes en las escuelas públicas siguen perteneciendo a las clases medias y altas.⁴ Los jóvenes tienen una mayor probabilidad de estudiar una carrera a medida que aumentan los ingresos de sus familias.

Las oportunidades no se distribuyen equitativamente. Se han establecido apoyos para los estudiantes de familias de bajos ingresos inscritos en instituciones de educación superior públicas. Según se estima, en el 2011, había alrededor de 360 mil estudiantes que cursaban programas de licenciatura y de técnico superior universitario. Recibían beca del Programa Nacional de Becas (Pronabes). El esfuerzo cubre, apenas, el 12 por ciento de la matrícula, aproximadamente.

No cabe la menor duda de que las oportunidades de estudiar en un plantel de educación superior se han incrementado. Se ha llegado a la meta de cobertura (30 por ciento) antes del tiempo previsto (2012). En este sexenio la tasa de cobertura bruta para el grupo de 19 a 23 años pasó de 26.7 a 30.1 en el ciclo 2010-2011.⁵ El crecimiento de la matrícula en los recientes cuatro años fue de 112 mil estudiantes por año, aproximadamente. Destaca el aumento relativo en el posgrado, que en el periodo 2006-2010 fue de casi 30 por ciento.⁶

Con todo y el incremento en los indicadores, la tasa de cobertura sigue siendo baja frente a lo que se ha logrado en otros países, y frente a lo que necesita México, de tal manera que, con toda la prudencia, se ha propuesto que se llegue a una tasa de 50 por ciento en el año 2019. Esto le va a tocar al próximo gobierno (2012-2018).

Los demógrafos dicen, en números gruesos, que las cosas se van a facilitar para que uno de cada dos jóvenes acceda a los estudios superiores, porque el grupo de jóvenes en cuestión ya mantiene un volumen relativamente estable, con tendencia a la baja, sobre todo a partir de 2015. No obstante, llegar a esa tasa significa, prácticamente, incorporar anualmente a un número de estudiantes bastante mayor del que se ha incorporado hasta ahora.⁷

⁴Para dar una idea, se sabe que entre los 18 y 29 años asiste a la escuela escasamente 5.8 por ciento del decil más pobre, en comparación con 35.4 por ciento del decil de los más ricos. Datos del Cuarto Informe de Gobierno, 2010.

⁵Los datos provienen del Cuarto Informe del Ejecutivo Federal, 2010.

⁶El crecimiento se ha dado, principalmente, en la maestría.

⁷Cerca de tres veces más.

Por otra parte, la información estadística indica que ha aumentado el número de entidades federativas que sobrepasan 25 por ciento de la cobertura. Ya sólo quedan siete por debajo de esta cifra. Sin embargo, continúa la concentración de la educación superior y la investigación en un puñado de entidades federativas y, también, las brechas entre los 25 estados que han mejorado su cobertura. Las entidades del país que no consigan elevar sustancialmente su nivel de cobertura van a enfrentar problemas para su desarrollo porque, en este siglo, tener o no tener educación superior será un criterio básico de diferenciación social para colectivos y personas.

El mayor aumento de la matrícula de licenciatura seguirá dándose en el sector público. En los recientes 10 años, a pesar de que se crearon más de 2,105 escuelas (la mayoría particulares), ha habido una muy ligera disminución de la matrícula de este nivel en el sector privado, que en el 2010 alcanzó el 30.8 por ciento, cifra menor a la que tenía en el año 2000. El ámbito privado, con todo y las escuelas particulares de baja calidad, ha comenzado a ser selectivo, por las limitaciones económicas de las familias. La matrícula en escuelas particulares es mayor en el posgrado, con 48.1 por ciento. Y resalta que 40 por ciento de los 263,912 miembros de la planta docente en licenciatura trabaja en escuelas particulares, lo cual llama la atención para futuros análisis de este segmento.⁸

La calidad de la educación superior se ha tratado de mejorar mediante el sistema de acreditación de los CIEES y COPAES,⁹ impulsado por los órganos oficiales. Durante lo que va del gobierno del presidente Calderón ha habido un aumento (13.7 por ciento) de los estudiantes de este nivel educativo que cursan programas reconocidos por su buena calidad, que en el 2010 alcanzó 50.7 por ciento de todos los estudiantes de licenciatura.

Hay dudas, sin embargo, acerca de la propia evaluación, entre otras cosas, por el elevado número de programas que entran a dictamen. Para dar una idea de la tarea, en los primeros cuatro meses de 2010, los CIEES evaluaron más de 3 mil programas. Es una cifra demasiado grande para las exigencias que demandan los organismos certificadores y para sus capacida-

⁸Sobre el proceso de privatización, consúltense los trabajos de Roberto Rodríguez en *Campus*, www.ses.unam.mx

⁹Los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES) son cuerpos colegiados, que tienen a su cargo la evaluación interinstitucional de programas, funciones, servicios y proyectos ubicados en el quehacer de las instituciones. El Consejo para la Acreditación de la Educación Superior (COPAES) tiene objetivos semejantes a los CIEES.

des. El sistema está agotado, y todo el mundo en el medio educativo (salvo los funcionarios públicos) lo reconoce.

Por otra parte, es verdad que se ha incrementado el financiamiento para la educación superior, que ha habido un impulso en este rubro. Pero también es cierto que el llamado gasto se ha mantenido con muy poca variación respecto del PIB. Además, cada vez es más difícil obtener recursos públicos suficientes y oportunos, entre otras cosas, por la actitud de Hacienda y por el cabildeo que anualmente debe hacerse en el proceso legislativo (Mendoza, 2009). En materia financiera, la negociación de las universidades se ha desplazado de la Secretaría de Educación Pública hacia la Cámara de Diputados.

A lo anterior se agrega que, mediante el financiamiento extraordinario a los programas académicos, se han modificado las formas de gestión y de administración de las universidades, y se han deshomologado los ingresos de los académicos, que derivan mayormente de becas. La nueva gestión pública (Casanova, 2009), modificó la forma y contenidos del gobierno universitario (Acosta, 2009), incrementó la burocratización e introdujo la lógica mercantil en las universidades públicas (Ibarra, 2005).

Estos cambios se han dado junto con un creciente malestar de los académicos con las condiciones laborales y salariales, con su representación en los cuerpos colegiados y en la toma de decisiones sobre su trabajo. El malestar está puesto en un secreto a voces (García Salord, 2011), resultado de varios lustros de aplicar una política para la educación superior que acota y controla el trabajo por la vía de premios y castigos. Hay insatisfacción con la falta de transparencia en los dictámenes, malestar con los mecanismos de contratación, promoción y permanencia en el trabajo, con el sistema de pago por méritos, que tiene muchos efectos negativos.¹⁰

Es en este contexto en el que la educación superior se perfila para transitar el siglo XXI mexicano, con sus fortalezas y problemas, con los requerimientos de un cambio de rumbo en las políticas públicas y en las instituciones, teniendo en perspectiva los nuevos patrones de demanda social, los desafíos emergentes y de largo plazo, las necesidades de crecimiento del sistema educativo y su financiamiento.

¹⁰Por ejemplo, individualización, desapego institucional, desinstitucionalización. Véase, Suárez y Muñoz (2004).

Relacionar lo global y lo local en el contexto nacional

Generalmente, cuando se piensa la universidad pública hacia futuro se sigue una visión endogámica, desde la institución, desde el país. Aquí comenzaremos por tratar lo global y lo local como los ejes que articulan y atraviesan el cambio institucional y los retos actuales de las universidades públicas. Las universidades en el mundo han tenido una influencia notable para que se desarrolle el proceso de globalización y con él la economía y la sociedad del conocimiento (Marginson, 2010). Al mismo tiempo, la globalización ha implicado la presencia de impulsos al cambio universitario.¹¹

Tales impulsos representan un reto importante porque están dirigidos a que las universidades adopten una organización que les permita atender, al mismo tiempo, a muchas demandas de muchos públicos interesados en sus tareas. Igualmente, supone que las universidades estén pendientes de los problemas que ocurren en el mundo y de sus manifestaciones o efectos locales. Este es uno de los sentidos que cobra la relación de lo global con lo local,

¹¹Sobre la educación en las sociedades globales véase el libro de Hopson, Camp y Musa (2008).

porque los análisis y soluciones a los problemas locales, producto de la globalización (energía, seguridad regional, migración, derechos humanos, cambio climático, pobreza, terrorismo, democracia, ciencia, etcétera), pueden tener repercusiones mundiales.

El reto para la Universidad es contar con una visión cosmopolita para asomarse al devenir de la sociedad y la ciencia en el orbe, combinándola con las necesidades del entorno social que la rodea. Este es un reto permanente y trascendente en la renovación de la universidad y para que la universidad sea impulsora del desarrollo de su sociedad.

La combinación entre lo local y lo global implica para la universidad pública en el país una actitud institucional reflexiva para producir conocimiento que permita contribuir con soluciones a los grandes problemas globales, nacionales y locales. Esta actitud está alimentada por el tratamiento inter y multidisciplinario de los mismos, que anima la competencia entre las instituciones a escala mundial y las publicaciones internacionales, sobre todo en las disciplinas naturales y exactas.

La globalización también implica que cada universidad pública en el país esté conectada a redes formadas con universidades de otros países, no sólo para intercambiar conocimiento, sino también para estimular la movilidad de profesores y estudiantes a escala internacional.

En este periodo de la historia, la universidad pública de nuestro país tiene el reto de estar inmersa en la producción de conocimiento y en la atención de estudiantes provenientes de otras naciones, que son dos de los criterios importantes que se tienen en cuenta en los *rankings* internacionales.

La universidad pública de nuestros días tiene el desafío de transformarse cruzando los ejes de lo global, lo nacional y lo local, porque fuera del país se ha creado un mercado académico internacional en el cual, por lo pronto, no se puede dejar de participar. Los *rankings*, en este mercado, son un instrumento para difundir información sobre las mejores universidades del mundo.

Estar incluido en un *ranking* internacional supone no sólo incrementar los recursos financieros a la investigación, al posgrado y a la producción de revistas de prestigio. Supone, igualmente, estar muy atentos de que estos instrumentos orientan el cambio hacia los modelos institucionales que consideran exitosos, que no necesariamente son los más convenientes para los mexicanos.

Igualmente, es indispensable tener claro que aparecer en los *rankings* internacionales tiene efectos mediáticos positivos en el país, que pueden llegar a traducirse en una mejora de las capacidades de negociación por fondos gubernamentales (Ordorika, Rodríguez et al., 2008). También es necesario tener una idea de cómo manejar los sentimientos de orgullo que produce en los miembros de la comunidad docente y estudiantil la mención en los *rankings*, para que no se desborden las expectativas y las presiones de la demanda educativa, así como para cuidar que la visibilidad de las instituciones en la sociedad no se constituya en una burbuja publicitaria inmediateista.

Un reto más que impone la relación entre lo global y lo local radica en la esfera de la cultura. La globalización promueve el traslado y la integración de valores en las culturas locales, ante las resistencias que oponen la historia, las tradiciones y los valores nacionales, así como de las localidades. El reto para la universidad es combinar lo nuevo con lo propio, traducir a lo global y recuperar de lo nacional y lo local los rasgos culturales con los que se deba formar a las nuevas generaciones, por un lado.

Por el otro, reafirmar que la universidad pública es cultura y que ha sido creada para incrementar la cultura de la sociedad. Que sigue siendo fundamental que en ella se transmita a los estudiantes los principios del humanismo, la libertad de pensamiento, la democracia, el compromiso social y el esfuerzo colectivo, así como una visión abierta de lo que son otras culturas y el respeto a la diferencia. Si bien, ha sido tarea de la universidad crear ciudadanía, hoy el reto es producirla en un entorno nacional como el nuestro, que presenta síntomas de anomia y desgarre del tejido social en medio de un mundo desbocado.

Ligar universidad, conocimiento y desarrollo local

Uno de los retos principales que deberá guiar el cambio de la universidad consiste en que la institución cobre conciencia histórica de que en este momento necesita estar estrechamente vinculada a la sociedad que la rodea. Llevar a cabo proyectos con ella que convoquen a colectivos para actuar en pos del desarrollo y el bienestar.¹²

La complejidad que tienen los desafíos de una sociedad, con tantos problemas como la nuestra, se va a traducir en mayores exigencias para la universidad. Para colaborar a salir de ellos, a la universidad le va a tocar ser una entidad que genere, difunda y transfiera conocimiento, en el sentido de brindarle a la sociedad la capacidad de aprender, una “capacidad cognitiva relacionada con la producción de cultura e innovación institucional” (Delanty, 2001).

Esta idea está orientada a que los actores y agentes que se manifiestan en el entorno tengan conciencia de la

¹²Uno de los ejemplos más interesantes en México, es el de la UNAM con organizaciones de la sociedad civil y el gobierno del Distrito Federal a través del Programa de Estudios Sobre la Ciudad (PUEC). Otro, es el de la vocación de la UADY de ligarse al Plan de Desarrollo Estatal, y a otras instituciones de educación superior del estado de Yucatán, con el propósito de atender las prioridades del desarrollo local.

necesidad de llevar a cabo proyectos comunes de desarrollo social y crecimiento económico; también voluntad para coaligarse y ejecutarlos, aprovechando y potenciando los recursos de todo tipo existentes en la localidad o ámbito territorial en el que se muevan.

El reto consiste en que la universidad participe de tales proyectos y que esté en condiciones para abrirse y vincularse con su entorno local, para que los actores del mismo puedan apropiarse del conocimiento que produce con el fin de elaborar y poner en marcha estrategias tendientes al mejoramiento del nivel y la calidad de vida de la población. Se trata de que la universidad y la sociedad que la rodea hagan de la educación superior el eje que colabore en la construcción de una economía y sociedad del conocimiento, elevando el nivel escolar de la población y dotándola de una buena cantidad de capital científico, cultural y social.¹³

Hay varios autores que han tratado la relación de la universidad con el desarrollo local (Coraggio, 2002; Suárez, 2006; Rofman *et al.*, 2008) y ejemplos exitosos de la misma en países de distintos continentes. De ahí que lo que nos queda por decir, ahora, es que en dicha relación vemos una salida importante para la universidad mexicana del futuro. Una universidad que pueda volverse un agente del desarrollo local, reorganizándose para asumir que a ella le toca jugar un papel protagónico en dicho proceso, siendo percibida como tal y ganando reconocimiento por ello. Como se mencionó en otro trabajo (Suárez, 2006), “es necesario que el desarrollo local se instale en la universidad como una de sus responsabilidades públicas” y que contribuya eficazmente a elevar la competitividad del entorno social que la rodea.

De cara al desarrollo social y económico del entorno, en el contexto de la globalización, la universidad va a estar rodeada por una infinidad de grupos, actores, públicos, sectores sociales, organizaciones de la sociedad civil que le van a demandar educación y conocimiento. Son demandas que pueden estar dirigidas al desarrollo local y, no obstante, contradecirse por los intereses en juego en la sociedad con respecto al papel de la universidad. En este caso, la universidad tendrá que coordinarlas y ordenarlas para que entren al proyecto común de desarrollo, para darles prioridad, por un lado.

Por el otro, la universidad juega el papel de convocar a los actores locales (incluidos los poderes locales, gobierno, empresarios, iglesia, etcétera) e

¹³La universidad y el conocimiento que transmite a la sociedad para el desarrollo local es un asunto fundamental para que la primera pueda reinventarse bajo nuevos parámetros en el caso de México (véase Muñoz, 2010b).

involucrarlos para que participen y ejecuten las estrategias de desarrollo que proponga la universidad. La universidad promueve sinergias en torno a dichas estrategias, consensos de acción colectiva en la esfera pública. Establece redes de relaciones entre los actores, se transforma en la institución que interconecta conocimientos y actores para propósitos específicos de desarrollo, le da organicidad al conjunto de esfuerzos tendientes al mejoramiento del nivel de vida, forma en sus aulas a quienes pueden ser agentes del desarrollo.

Ciertamente, la universidad no podrá darle solución a todos los problemas que implica el desarrollo, pero sí dedicarse a poner conocimiento, a investigar lo que sea necesario con este fin. La universidad, también, crea condiciones y capacidades para usar información, a la que se pueda acceder libremente para nutrir los proyectos de desarrollo.

En suma, la universidad puede pensar y proponer programas para el desarrollo y actuar para construir alianzas estratégicas, con objetivos compartidos por el conjunto de la ciudad, el municipio, el estado, la región, el barrio, cualquiera que sea el territorio de referencia. La universidad crea para sí misma una nueva o renovada institucionalidad, favorece la constitución de la institucionalidad del entorno, porque al fin y al cabo, como dice uno de los autores (Coraggio, 2002), los asuntos de la economía son culturales y “su desarrollo tiene componentes culturales constitutivos”. En nuestro país, la institución que esperamos que venga es una universidad activa, que responda para dar respuesta a nuevos patrones de demanda de cara a la sociedad que la rodea.

Es así como la universidad va a construir su futuro, ligada a un entorno histórico social definido, donde los actores comparten y conviven en un proyecto común, en un medio educativo descentralizado, respondiendo a nuevas necesidades de la economía, la competitividad, la eficiencia, la rentabilidad social y la democracia. Y, además, con el encargo de convencer a la sociedad del valor que tiene el conocimiento científico.

Por fin, el compromiso social, que tiene con referencia al desarrollo local, exige reciprocidad: es decir que no sólo la universidad pública queda comprometida con “su” sociedad, sino que la sociedad se obliga a apoyar a “su” universidad y estar al pendiente de ella.

Integrar un sistema nacional de universidades públicas

La problemática de la universidad pública contiene desafíos que están presentes en el sistema universitario, algunos desde hace largo tiempo. El proceso histórico de desarrollo en el país se dio con elevados índices de concentración de los recursos y de las oportunidades para recibir educación superior al tiempo que se diversificó el sistema. En el Distrito Federal se encuentran las llamadas universidades federales y en las entidades federativas de la República las universidades estatales.

Las universidades más grandes y más desarrolladas en cuanto a sus posibilidades de crear conocimiento científico se encuentran en la capital del país y en un pequeño grupo de entidades federativas (Jalisco, Nuevo León, Estado de México, Puebla, Morelos) donde se ubican la mayor parte de los académicos con doctorado, los miembros del Sistema Nacional de Investigadores y buena parte de los recursos para hacer investigación. Frente a las universidades de la capital y de estos estados hay otras universidades públicas que juegan un papel relevante en la sociedad, pero cuyas capacidades académicas es necesario fortalecer.

El sistema universitario de hoy se caracteriza por la desigualdad institucional (Muñoz, 2009). Este rasgo se refleja en que las universidades cuenten con condiciones diferentes para educar a los jóvenes y para producir conocimiento pertinente en beneficio de la sociedad. La desigualdad de acceso a los recursos también conlleva diferencias en el prestigio y en el reconocimiento social de las instituciones. Pone o elimina obstáculos para que cada casa de estudios esté conectada a la dinámica nacional e internacional de la ciencia y la tecnología. Equilibrar las condiciones para crear conocimiento. Fortalecer la relación de la investigación con la docencia y mejorar las condiciones de esta última son verdaderos retos académicos para que la universidad pública cumpla mejor sus cometidos.

La idea es disminuir las distancias académicas que hay entre las universidades públicas del país. Y para que ello ocurra el reto consiste en abrir las instituciones para que el sistema de universidades públicas esté conectado a modo de una red. Asimismo, es menester observar la conexión como parte de una política integral inscrita en el marco general de la política de educación superior.

El desafío es construir un marco de relaciones para que las universidades públicas puedan establecer alianzas mediante las cuales las más fuertes puedan colaborar académicamente para fortalecer a las más débiles para que avancen en áreas de investigación, innovación y tecnología que impulsen el crecimiento económico y atiendan problemas de su entorno social. La universidad pública es la base para formar sistemas científicos y tecnológicos a nivel estatal.

El trabajo institucional en red permite la colaboración para elevar la competitividad institucional. Las instituciones de punta en materia científica, humanística y tecnológica, pueden servir como puntos centrales de conexión a nivel nacional y regional con las universidades que deseen conectarse con ellas.

La estrategia consiste en integrar espacios comunes para mejorar las condiciones educativas de las instituciones y aprovechar economías de escala. Se trataría de llevar a cabo proyectos de investigación y docencia conjuntos e incrementar la comunicación y la distribución de conocimiento. México requiere un sistema público de universidades fuerte y consolidado académicamente para llegar, por la vía del conocimiento, a ser un país más desarrollado.

Un desafío mayor: renovar la planta académica

Hay universidades públicas en las que urge renovar la planta académica, porque la política federal de no crear plazas ha contribuido a mantenerla sin nuevas incorporaciones.

Hay muchísimas dificultades para contratar a nuevos académicos. Pero, quienes consiguen entrar a las universidades tienen un primer año en el que no entienden bien a bien cuáles son los mecanismos institucionales para integrarse, porque en un medio donde prevalece la apuesta por uno mismo, el individualismo y la falta de vida colegiada, se termina por desfavorecer las iniciativas e innovaciones al trabajo que traen las generaciones que van llegando.

La incorporación de nuevos académicos no es, entonces, sólo un problema de plazas, sino también de organización, dirección académica, socialización y recursos económicos. De enfrentar paradojas como la exigencia de publicar y no contar con financiamiento para la investigación. Sin la adecuada explicitación de las reglas, y de los “usos y costumbres”, los recién ingresados caen pronto en la dispersión de tareas, en la lógica

de conseguir puntos. Sin dispersión no se consiguen puntos, no se demuestra que se trabaja. La dispersión se acepta porque de otra forma no se puede competir.

Los académicos que están en activo no tienen, en todas las universidades públicas, las mejores condiciones para desplegar su esfuerzo y creatividad intelectual. Las facilidades institucionales son una condición indispensable para que los profesores e investigadores desempeñen bien sus tareas. La falta de financiamiento, de cubículos para que los profesores de tiempo completo atiendan a sus estudiantes, la precariedad del trabajo, la carencia de instrumentos, equipos y bibliotecas, las tantas presiones, exigencias, que las administraciones les hacen a los académicos, militan en contra de que puedan cumplir con la responsabilidad de hacer bien su labor. La dispersión y la flexibilización del trabajo en las universidades están castigando a los profesores e investigadores en materia salarial y seguridad en el empleo. Mejorar la academia, a futuro, supone el reto de acabar con las becas al desempeño como fuente principal de los ingresos monetarios que se le pagan al académico; acabar con la concepción de que el académico funciona como trabajador necesitado.

Además, todos los que están en la vida política de las universidades conocen que existe un serio problema con el retiro de los académicos. Se dice que no se puede resolver porque faltan recursos económicos para ello. Y las tendencias indican que el problema se vuelve más serio cada día que pasa. Pero nadie quiere hablar del asunto, comprometerse a estudiarlo y presentar soluciones que se apliquen institucionalmente.

El régimen laboral y la forma de remunerar a los académicos mediante becas al desempeño, con ingresos que no cuentan para la jubilación, los dejó con salarios magros de los que se desprenden cantidades pequeñas para la bolsa de retiro, la cual es insuficiente para tener un modo de vida digno en la vejez y sortear los costos de salud que en esta etapa se elevan.

Para que se logre un cambio pausado del personal académico y para que crezca la planta que satisfaga el aumento de la cobertura en los próximos años, las autoridades del gobierno y las de las instituciones necesitan plantear varias salidas para el retiro de sus académicos, que al mismo tiempo permita a las universidades adquirir recursos para nuevas contrataciones y agregar parte de los ingresos que pagan al retiro de quienes se jubilen.

Hay estudios ya hechos y experiencias en marcha que indican que sí se puede y que es factible derrotar al fantasma de la falta de dinero. Lo que de verdad hace falta es voluntad política y solidaridad con los maestros de toda la vida. La inercia y la inacción en este caso podrían provocar un colapso académico de magnitudes insospechadas, impedir los cambios institucionales deseables para el futuro del país.

Cambiar la evaluación académica

Hace algunos años se publicó *La academia en jaque, perspectivas políticas sobre la evaluación de la educación superior en México*, (Ordorika, 2004). Es un libro colectivo del Seminario de Educación Superior de la UNAM. Varios autores hicimos señalamientos y críticas a la evaluación en virtud de que los programas, puestos en marcha desde mediados de los ochenta han tenido un impacto muy fuerte en la vida de las instituciones, y de quienes las habitamos, con resultados diversos e indeseados.

En ese libro, quienes escribimos este texto, hicimos nuestros propios análisis y, desde luego, tratamos de recoger lo dicho por un núcleo amplio de colegas. No obstante, al asunto de la evaluación no se le ha prestado la atención debida: siguen habiendo distintas posturas que se contraponen, en su apreciación, en su perspectiva política y en las partes técnicas. Aclaramos que no estamos en contra de la evaluación, pero sí en contra del modelo que se ha utilizado, porque ha tenido efectos que han terminado por desvirtuar la academia.

¿Por qué insistir en el asunto de la evaluación? Porque a los académicos nos afecta en el trabajo cotidiano. Ha

sido la política central del gobierno, compuesta por un conjunto amplio de lineamientos que atienden a distintos ámbitos: el sistema de educación superior, las instituciones que lo forman, los programas que llevan a cabo, los medios de difusión, en los que se publican los trabajos, y a los miembros de la comunidad académica y científica del país.

No existe evidencia de que aplicadas las evaluaciones en cada ámbito existan las conexiones para tener una visión articulada y global de cómo opera la realidad académica nacional y qué se necesita corregir. Lo que sí es cierto es que en cada uno de estos niveles intervenimos los académicos, al punto de saturarnos con informes, cada uno distinto, recolectando un volumen de documentos probatorios que nadie en su sano juicio revisa. En ningún otro lugar del mundo hay tal sobreevaluación. Así de simple es la falta de confianza que nos tienen a los académicos.

Quienes han ideado y aplican las evaluaciones han creado los instrumentos desde sus escritorios, sin mediar otras sensibilidades. Los instrumentos no miden lo que podría ser esencial. Se inclinan a medir todo, a partir de un concepto de la división del trabajo académico centrado en la diversificación de tareas y en la dispersión, con una lógica aditiva, cuantitativa, de acumulación de puntos, donde las personas invierten más en ellas que en un proyecto institucional (García Salord, 2011). Se individualiza la acción académica, se particulariza, y con ello se pierde el interés común.

Este embrollo nació en una mala coyuntura para las universidades, durante el llamado “ajuste estructural” de los años ochenta del siglo pasado. Cuando, desde el gobierno, se tachó a lo público como ineficiente y a lo privado como lo competente, innovador y productivo. Se originó en un punto de contracción de las remuneraciones académicas, de multichambismo para mantener el estatus. El gobierno, con el acuerdo de un grupo de científicos, tomó la decisión de deshomologar los salarios. La academia estaba vulnerable y su respuesta fue asumir las políticas que establecieron mecanismos alternativos para conseguir ingresos decentes. La evaluación por méritos ha inducido a la simulación, el individualismo, el clientelismo, el credencialismo, y la corrosión del carácter y del espíritu académico. A la congregación de una capa de académicos que tienen como misión castigar a sus pares.

Quienes estudiamos a la educación superior estamos de acuerdo en que el sistema de evaluación produce altos niveles de estrés y de angustia que han

hecho de la profesión académica una profesión de alto riesgo para la salud. El modo de trabajo nos ha quitado tiempo para reponer la energía que requiere la labor intelectual y, lo peor, para reflexionar.

Estamos convencidos de que ningún buen académico se opone a que le revisen sus méritos o a la competencia por el prestigio. Lo que no parece correcto es que se hayan creado cuatro jerarquías académicas, la que contiene los estatutos del personal académico en cada institución, la establecida para los estímulos económicos, la tercera para quien desea ser investigador nacional y la cuarta para quien quiere cumplir con el perfil deseable del Programa de Mejoramiento del Profesorado (Promep). La existencia de tales jerarquías se traduce en desinstitucionalización, esto es, normas codificadas que se sobreponen y se vuelven prioritarias frente a las que privan por consenso e historia en las instituciones. Y con la desinstitucionalización, llegó la desintegración de identidades y la desmovilización, conformismo y falta de motivación de los académicos para participar cotidianamente en el acontecer de su institución.

Este sistema de evaluación ha monetarizado a la academia, para “acercarla a los mecanismos de mercado”. Todo se mueve por el dinero en la “república de los indicadores”. El dinero ha estado presente en el control que ejerce el gobierno sobre las instituciones, en la conformación de valores ligados a la competencia, a una noción de calidad vacía, que cada quien llena a conveniencia. El dinero ha estado vinculado a la acreditación de organismos intermedios entre el gobierno y las instituciones, cuya operación ahora resulta dudosa.

Este breve repaso de las adversidades y perversidades del sistema de evaluación que se nos aplica, llama la atención para que volvamos a discutir, en un nuevo contexto, quién evalúa, qué, cómo y por qué, con miras de largo plazo. El reto para los universitarios que trabajamos en instituciones públicas es discutir una alternativa que reconozca que cada institución tiene diferentes objetivos a ser tenidos en cuenta en relación con su entorno social. Que los académicos tenemos la misión de cumplir y apoyar los objetivos de los proyectos y planes institucionales, que nuestro trabajo resulta en la producción de seres humanos que adquieren conocimientos y métodos para crearlos, en publicaciones de investigación que sirven para desarrollar la ciencia y transformar la realidad social en la que se apliquen los hallazgos de las investigaciones, en ideas que se integran a la creación de nuevos moldes

culturales. Necesitamos un sistema de evaluación que considere el compromiso y la responsabilidad de cada institución frente al desarrollo local, que devuelva la confianza a los académicos, que recomponga las formas de gestión de los recursos y su buen uso, que genere aprendizaje para corregir los patrones institucionales.

Por otro lado, desde la perspectiva del sistema, sería conveniente reunir a todos los organismos que ejercitan la evaluación como un primer paso para ir avanzando en la construcción de un ente autónomo, que produzca información de cada segmento y cada parte del sistema educativo, de tal suerte que auxilie en el análisis del impacto de las políticas y que permita evaluar sus resultados. Urge construir un modelo de evaluación que sea parte de un proyecto histórico de la educación superior. Las autoridades universitarias tienen responsabilidad en que ocurra.

Intervenir en la articulación de la educación superior y el trabajo

Los estudios recientes de la relación entre educación y trabajo han mostrado que sus pautas tradicionales están casi extintas (Suárez, s/f). Se puede señalar, por un lado, que hay escasez de empleo profesional. Además, los conocimientos, habilidades y competencias adquiridos en el sistema educativo parecen ya no ser suficientes para que los egresados de una carrera universitaria se desempeñen con éxito en un trabajo.¹⁴

Por el otro, debido al desajuste en la relación mencionada, la educación superior ha perdido valor como instrumento para el logro de un buen empleo en el mercado laboral. De esta suerte, y dada la expansión de la matrícula universitaria, hay un credencialismo exacerbado que es producto de la contracción de la oferta de empleo profesional y la inflación de la demanda. La educación superior ha dejado de ser sinónimo de movilidad social. Quienes egresan de las universidades ya no reciben, necesariamente, prestigio, altos ingresos y ya no tienen seguridad en su futuro profesional.

Para la universidad es un reto de gran trascendencia el que la educación que imparte pueda ser valorada en el

¹⁴Un examen general sobre la educación y el trabajo se encuentra en Pieck (2001).

ámbito del trabajo. La relación educación-trabajo constituye un eje fundamental de las estructuras y las relaciones sociales, e intervenirla desde un lado de la ecuación constituye una de las formas más eficaces para impulsar el desarrollo de la sociedad. También, es una de las formas como la universidad gana más presencia y prestigio en su entorno.

Ciertamente, los desajustes de la educación con el trabajo, con el logro de un empleo decente, no tienen porque resolverse desde la universidad. A esta última le toca estar en un juego en el cual se concibe que la educación superior impartida en una carrera tenga un destino en el mercado, destino que también depende de los capitales cultural y social de las personas. A incrementar dichos capitales pueden dirigirse considerables esfuerzos institucionales, mediante una educación integral.

De otra parte, ocurre que en el mercado de trabajo los recorridos laborales de una persona han perdido secuencia, ya no son escalonados y sucesivos, como eran antes en los empleos formales. Hoy, el flujo de trabajadores entre empresas con características heterogéneas se ha incrementado, al tiempo que el trabajo asalariado registra una tendencia a la baja.

A la universidad pública le toca estar pendiente para abrir sus puertas, de tal suerte que las personas puedan gestionar su instrucción de un tiempo a otro, en los cambios de trabajo a lo largo de su ciclo laboral. La educación superior en el entorno laboral actual resulta una necesidad que emana de una preparación variable para ser parte del movimiento de la estructura del trabajo en la sociedad.

Para el mejor desempeño de los estudiantes en el mercado laboral, éstos necesitan estar expuestos a las fuentes de las que se recibe la información, la cual necesitan saber procesar y producir. Requieren aprender a recibir, crear y manejar conocimiento y enseñarles cómo aplicarlo, de tal suerte que puedan innovar en el ámbito de su trabajo. La universidad será, cada vez más, un sitio por el que circulan múltiples flujos de conocimiento, accesibles para que todos sus miembros puedan beneficiarse de ellos.

La educación y el trabajo representan los ámbitos desde donde se construye, reproduce y transforma la sociedad. Desde la escuela y el lugar de trabajo se generan y transmiten principios y valores que son fundamentales para la estructuración de la sociedad. Por ello, la universidad requiere formar a sus estudiantes en el humanismo, pues la ética que de él se desprende permite un mejor ajuste a la vida laboral, tener una actitud participativa y colaborativa, que sirva para que el conocimiento influya en el logro de bienestar.

Recuperar la confianza de las y los jóvenes mexicanos en ellos mismos, en el país y en la educación

Uno de los retos más complejos y difíciles que tiene la universidad pública en nuestro país es formar a las y los jóvenes para que recuperen la confianza en ellos mismos, en el país y en la educación. Esto se debe a que existen evidencias de que los jóvenes consideran que los mexicanos somos violentos, abusivos, traidores, egoístas, flojos, corruptos e irresponsables. En la Encuesta Nacional de la Juventud (ENJ, 2000) la proporción de quienes respondieron en este sentido es relativamente alta.

Entre la juventud mexicana, la imagen y los significados de “lo mexicano” se encuentran fuertemente deteriorados, lo cual no es casual. Más allá de que las experiencias de la vida cotidiana confirmen, o no, tales representaciones, las narrativas de lo que está pasando en México se reducen a versiones escandalosas y amarillistas que difunden los medios de comunicación, con la anuencia del Estado. En consecuencia, el país y nuestra identidad han quedado vinculados a la irracionalidad, la inmoralidad, la mentira, la simulación, el crimen, la violencia y hasta la gordura y la fealdad.

Este tipo de representaciones han dañado la autoestima de los mexicanos. Así, casi resulta natural que cuando

se pidió a los jóvenes que mencionaran las tres cosas que más les gustan de México fueran muchos los que respondieron “nada” (ENJ, 2000); de hecho, a muchos les gustaría emigrar a otro país. En efecto, a la pregunta: ¿alguna vez has pensado emigrar a Estados Unidos (cruzar al otro lado)? varios (17 por ciento) respondieron con un sí, rotundo. Y, aunque la emigración sigue teniendo mayor frecuencia entre los jóvenes de escasos recursos, cada vez son más grandes las proporciones de jóvenes con escolaridad media y superior que quieren emigrar. Los datos oficiales más recientes indican que entre el 2000 y el 2010 el número de mexicanos con estudios superiores concluidos que vive en Estados Unidos pasó de 411,292, a 1’039,898 en ese lapso. Lo anterior, significa que uno de cada 10 mexicanos con licenciatura terminada, uno de cada seis nacionales con maestría concluida y uno de cada cinco mexicanos con título de doctor reside en Estados Unidos (declaraciones de R. Tuirán en *La Jornada*, 17 de junio de 2011).

El corolario de la situación reseñada es el peligroso síntoma de desapego ante lo mexicano que expresan hoy muchos jóvenes. El desapego repercute, entre otros aspectos, en las formas de convivencia y participación que busca la juventud en su sociedad, en la renuncia al compromiso que tienen los jóvenes consigo mismos y en la consecuente apatía ante los compromisos en los que toma cuerpo la solidaridad social y la búsqueda de un futuro mejor, compartido.

Escribió Castoriadis (1997) que “ninguna sociedad puede vivir sin darse una representación de sí misma”. Así las cosas: las universidades públicas y las demás instituciones de educación superior requieren asumir la responsabilidad de trabajar para que entre los estudiantes se erradiquen prácticas y actos que están en la base de tales representaciones de la sociedad mexicana. Sería fundamental que la universidad tomara como uno de sus principales retos desplegar estrategias comunicativas que permitan a las y los jóvenes ser reflexivos y significar lo que está pasando en México y las representaciones fatales de nuestro país, y de nuestra identidad, desde perspectivas históricas, éticas y políticas.

Las transmisiones que hacen a la juventud las instituciones educativas deben ser puntos de referencia fiable para los jóvenes mexicanos y brindarles las capacidades, información, conocimiento y competencias suficientes para que dominen la contingencia y gestionen cambios y, sobre todo, para que se sientan orgullosos de ser mexicanos y, como tales, participen en la construcción de un futuro digno para el país.

Reconstruir el gobierno universitario: un reto político interno

En el mundo de la educación superior no es posible hacer afirmaciones contundentes. Cada institución tiene sus particularidades. Y, no obstante, los analistas de las universidades mexicanas han establecido algunos de los cambios que han experimentado los rectorados durante los últimos lustros (López Z., 2001; Ordorika, 2006; Muñoz, 2006; Acosta, 2009).

Las políticas educativas del gobierno federal han influido en los cambios de fisonomía de los rectorados de las universidades públicas. La tesis más amplia sostiene que la forma de la relación entre el gobierno de la república y las universidades se ha convertido en una relación de cooperación mutua por la vía del control financiero. El gobierno universitario coopera instrumentando las políticas oficiales en la institución y el gobierno federal coopera asignando ingresos extraordinarios para apoyar los proyectos académicos del rectorado que resultan de las políticas oficiales.¹⁵ De esta suerte, las autoridades universitarias dispensan gran parte de sus esfuerzos para conse-

¹⁵Las políticas de financiamiento extraordinario de parte del gobierno federal se aplican a las universidades públicas estatales.

guir y distribuir los dineros públicos que no están inscritos en el presupuesto ordinario, adquiriendo el rector, al mismo tiempo, personalidad política y el carácter de gestor (Muñoz, 2006; Acosta, 2009). Este carácter marca la fisonomía del gobierno universitario en estos tiempos mexicanos.

La llamada planeación estratégica implantada por las autoridades educativas de la federación es una parte sustancial de sus políticas. Mediante ella ha influido en el cambio de los rectorados. Uno de tales cambios ha tenido que ver con la manera de administrar las instituciones y la creación de un aparato administrativo cada vez más especializado en el manejo y distribución de los recursos.

Los modos de estructuración del poder en el sistema de universidades públicas, han implicado que las universidades marchen hacia una creciente burocratización de las funciones de su gobierno y su administración. Este problema no es menor. La burocratización ha provocado rigidez en la toma de decisiones, tensiones entre el cuerpo directivo, prepotencia cotidiana de los administradores con los académicos e ineficiencia. Igualmente, ha provocado pérdida de la autoridad académica, más dedicada a reuniones de todo tipo que a organizar mejor la academia.

A medida que las universidades públicas se fueron volviendo organizaciones complejas, con una estructura del trabajo altamente diferenciada en funciones, tareas, puestos, y productos, se creó una comunidad académica cada vez más heterogénea. Las autoridades universitarias se relacionaron con aquellos segmentos de la comunidad que tienen peso político para mantener el control institucional. Al mismo tiempo, muchos académicos, más preocupados por sus evaluaciones que por la política, quedaron fuera del juego.

La centralización de las decisiones y la planeación del trabajo institucional han permanecido en manos de la administración central y de las autoridades unipersonales en las entidades académicas. Tal forma de organización institucional separa a los académicos de los directivos y hace, de las autoridades en las dependencias, personajes sujetos a las presiones del rectorado, por una parte, y de los académicos y estudiantes, por la otra. La articulación de intereses y el logro de equilibrios militan a favor de la pérdida de legitimidad de la autoridad universitaria.

La centralización como forma de gobierno también provoca la existencia de presiones cruzadas sobre el rectorado, por la diversificación de intereses. Dicho proceso ocurre por el aumento de la complejidad institucional. Para

el gobierno universitario, el cruce de intereses y presiones hace que los impulsos al desarrollo institucional se vuelvan más difíciles, porque siempre hay alguien que resulta afectado. La gobernabilidad, entonces, parecería asociada al mantenimiento del *statu quo* político, que va volviéndose anacrónico para apoyar la, cada vez más veloz, proliferación del conocimiento.

El gobierno universitario tiene un reto político fundamental, que es cambiar su forma y modo de operación, nuevas reglas que fijen derechos y obligaciones de los actores y sus interacciones, que lleven a un gobierno universitario a la altura de las necesidades que tiene enfrente la academia para producir y transmitir conocimiento pertinente a los requerimientos del desarrollo social.

El desafío es encontrar una forma de gobierno en el que la academia participe real y colegiadamente en las decisiones que se tomen en el ámbito de su competencia y un marco para la gestión política y administrativa que permita conducir a la universidad para cumplir de mejor manera los fines y objetivos que tenga que darse para transitar exitosamente en este siglo. Hacer compatible la participación ampliada y la jerarquía académica, gestar una nueva cultura para hacer política en la universidad y prepararse para desplazar a las viejas élites políticas por nuevos liderazgos.

Comentario final

A lo largo de este escrito hemos insistido en la profundidad y la magnitud de los retos que tiene hoy en día la universidad pública en nuestro país. Las particularidades institucionales cuentan para definir qué y cómo entrar a resolver los problemas que plantea cada uno de los retos aquí mencionados.

Valga recordar, por otra parte, que hay situaciones estructurales que requieren el concurso de nuevas políticas del Estado mexicano, que partan de una visión de largo plazo en la que se vincule la educación superior y los cambios del sistema educativo con los fines emanados de un proyecto nacional que atienda el crecimiento económico, la desigualdad social, lo político y lo cultural.

Vivimos en un tiempo en el que la academia, el conocimiento que produce y la formación de cuadros científicos se han vuelto actividades que resultan fundamentales para avanzar hacia la economía y la sociedad del conocimiento, y para conducir a México hacia un régimen verdaderamente democrático.

La universidad de este siglo está ligada indisolublemente al entorno social que la rodea. Y, por ello, tendrá

que orientar sus acciones con responsabilidad y compromiso, que son dos dimensiones sobre las cuales se apreciará mejor su imagen y sobre las cuales se podrá observar, prácticamente, hasta qué punto las instituciones cumplen con lo que se proponen.

Al mismo tiempo que la universidad se vuelca hacia su sociedad tendrá que ser capaz de ligar los planos global, nacional y local, para estimular el desarrollo de este último, pero también para responder y contribuir con el planteamiento de soluciones a los grandes problemas que enfrenta el mundo y nuestro país. Las universidades son espacios de innovación, pero también espacios donde se va a formar al ser que va a habitar el mundo, que en nuestro caso necesita recuperar la confianza en el país y sus instituciones. La universidad que viene tendrá la finalidad de acoger a los jóvenes estudiantes (Duch, 1997) para enseñarles valores fundamentales que proporcionen consistencia histórica para que se inserten como personas en una realidad social marcada por la complejidad, y contingencias que pueden llegar hasta ser hostiles, como las que vive el país en este tercer lustro del siglo XXI. Además, para que la universidad pueda ir más allá de donde ha llegado tendrá que comenzar un proceso de renovación de su planta docente y de investigación, y la sustitución de los liderazgos, por otros que tengan compromiso con la academia y sus valores. De esta envergadura son sus retos.

Retos que constituyen una poderosa razón para que nuestras universidades estén alertas a lo que ocurre en el planeta, pendientes de los avances en el conocimiento y de los pasos que van siguiendo las universidades más importantes en el orbe. De ahí que, en México, sea de la mayor importancia apoyar a las universidades con más avances en el terreno de la investigación, que puedan atraer a otras de fuera, al tiempo que participen en la formación de espacios institucionales en el que se enlacen otras universidades públicas, instaurando un sistema de educación superior en el que se promueva el avance científico e intelectual del conjunto. Integrarse de esta manera será de la mayor prioridad para apoyar a un nuevo proyecto nacional.

Bibliografía

- ACOSTA, A. (2009), *Príncipes, burócratas y gerentes. El gobierno de las universidades públicas en México*, México, ANUIES.
- BAUMAN, Z. (2009), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, México, Tusquets Editores.
- CASANOVA, H. (2009), "La universidad pública en México y la irrupción de lo privado", en H. Muñoz (coord.), *La universidad pública en México*, México, SES, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- CASTORIADIS, C. (1997), *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, EUDEBA.
- CORAGGIO, J.L. (2002), "Universidad y desarrollo local", ponencia presentada al seminario internacional *La educación superior y las nuevas tendencias*, Quito, CONESUP, UNESCO y CIESPAL.
- DELANTY, G. (2001), *Challenging Knowledge. The University in the Knowledge Society*, Reino Unido, SRHE y Open University Press.
- DUCH, L. (1997), *La educación y la crisis de la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- GARCÍA SALORD, S. (2011), *¿Existe la universidad pública?*, México, SES, UNAM, Cuaderno Virtual núm 3, disponible en www.ses.unam.mx
- HOPSON, R., C. Camp y F. Musa (2008), *Power, Voice and the Public Good. Schooling and Education in Global Societies*, Reino Unido, JAI Emerald.

- IBARRA, E. (2005), "Capitalismo académico en los márgenes: notas sobre la naturaleza de las transformaciones recientes de las universidades mexicanas". Seminario permanente "Internacionalización de la educación superior: el capitalismo académico, implicaciones para los países en desarrollo", organizado por el Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM, auditorio de la Unidad Bibliográfica, 21 y 22 de abril de 2005.
- KENT, R. (2009), *Las políticas de educación superior en México durante la modernización*, México, ANUIES.
- LÓPEZ Z., R. (2001), "Formas de gobierno y gobernabilidad institucional", tesis doctoral, Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- MARGINSON, S. (2010), "The Rise of the Global University: 5 New Tensions", en *The Chronicle of Higher Education*, núm. del 30 de mayo (consultado en internet).
- _____ e I. Ordorika (2010), *Hegemonía en la era del conocimiento. Competencia global en la educación superior y la investigación científica*, México, SES, UNAM.
- MENDOZA, R.J. (2009), *Cabildeo legislativo para el presupuesto federal de educación superior*, México, ANUIES e IISUE, UNAM.
- MUÑOZ, H. (2006), *Relaciones universidad-gobierno*, México, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2009), "Las universidades públicas: política, diferenciación y desigualdad institucional", en H. Muñoz (coord.), *La universidad pública en México*, México, SES, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2010a), "Hacia un nuevo ciclo de políticas para la universidad pública", en *Suplemento Campus Milenio*, núm. 379.
- _____ (2010b), "La dinámica de la Universidad, los desafíos del conocimiento y el desarrollo local", seminario *Pensar las Ciencias Sociales, hoy*, IIS, UNAM, febrero de 2009.
- ORDORIKA, I. (coord.) (2004), *La academia en jaque. Perspectivas políticas sobre la evaluación de la educación superior en México*, México, CRIM, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2006), *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*, SES y CESU, UNAM, Plaza y Valdés.
- ORDORIKA, I. y R. Rodríguez et al. (2008), *Comentarios al Academic Ranking of World Universities 2008*, cuaderno núm. 1, Serie Cuadernos de la Dirección General de Evaluación Institucional, UNAM, noviembre de 2008, 37 pp.
- PIECK, E. (coord.) (2001), *Los jóvenes y el trabajo: la educación frente a la exclusión social*, México, Universidad Iberoamericana e Instituto Mexicano de la Juventud.
- ROFMAN, A. et al. (2008), *Universidad y desarrollo local. Aprendizajes y desafíos*, Buenos Aires, Prometeo.

- SUÁREZ, H. y H. Muñoz (2004), "Ruptura de la Institucionalidad universitaria", en I. Ordorika (coord.), *La academia en jaque*, México, CRIM, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- SUÁREZ, M.H. (s/f), *De la educación para el empleo a la participación social en educación para el trabajo*, México, CRIM, UNAM (no publicado).
- (2006), "Universidad y desarrollo local en Latinoamérica", en C. Girardo et al. (eds.), *Estrategias educativas y formativas para la inserción social y productiva*, Montevideo, Cinterfor/OIT, IIPÉ/UNESCO, redEtis y RETLA.

Índice

Introducción	5
Panorama de la educación superior	7
Relacionar lo global y lo local en el contexto nacional	11
Ligar universidad, conocimiento y desarrollo local	15
Integrar un sistema nacional de universidades públicas	19
Un desafío mayor: renovar la planta académica	21
Cambiar la evaluación académica	25
Intervenir en la articulación de la educación superior y el trabajo	29
Recuperar la confianza de las y los jóvenes mexicanos en ellos mismos, en el país y en la educación	31
Reconstruir el gobierno universitario: un reto político interno	33
Comentario final	37
Bibliografía	39

**Retos de la
Universidad
Pública
en México**



se terminó de imprimir en la
Ciudad de México durante el mes
de julio del año 2012.

Para su impresión se utilizó
papel de fabricación ecológica
con *bulk* a 80 gramos. La edición
estuvo al cuidado de la oficina
litotipográfica de la casa editora.

¿Cuál es la Universidad Pública que queremos y necesitamos para nuestro país? ¿Cómo la concebimos? ¿Qué retos tiene que sortear para que le sirva mejor a México? En este cuaderno, el lector encontrará una discusión sobre la Universidad Pública y sus retos, sobre los temas y problemas que se ligan al modelo institucional que se ha seguido hasta la fecha y al agotamiento de las políticas educativas que lo han impulsado.

Analizar los retos que tiene la Universidad Pública es importante porque permite apreciar una serie de rasgos estructurales que obstaculizan el devenir de la educación superior. Para eliminar dichos obstáculos se requiere el concurso de nuevas políticas del Estado mexicano. Políticas en las que se formulen los cambios de las instituciones educativas, en el largo plazo, ligados con los fines de un proyecto nacional que atienda el crecimiento económico, disminuya la desigualdad social, expanda la cultura y estimule la participación política.

Hoy, pensar la Universidad Pública y su rumbo, darle cauce a su futuro, es una de las cuestiones que resultan claves para el desarrollo de la sociedad mexicana. La Universidad Pública es, desde muchos ángulos, un tema prioritario de la agenda política nacional.

Los autores son investigadores miembros del Seminario de Educación Superior de la Universidad Nacional Autónoma de México y han publicado un sinnúmero de trabajos en esta casa editorial.



Miguel Ángel
Porrúa

RETOS DE LA UNIVERSIDAD



9 786074 015782



EDUCACIÓN